



# BODICA



Amazonas en Britania (61 d. C.)

ARTURO SÁNCHEZ SANZ

[www.hrmediciones.com](http://www.hrmediciones.com)

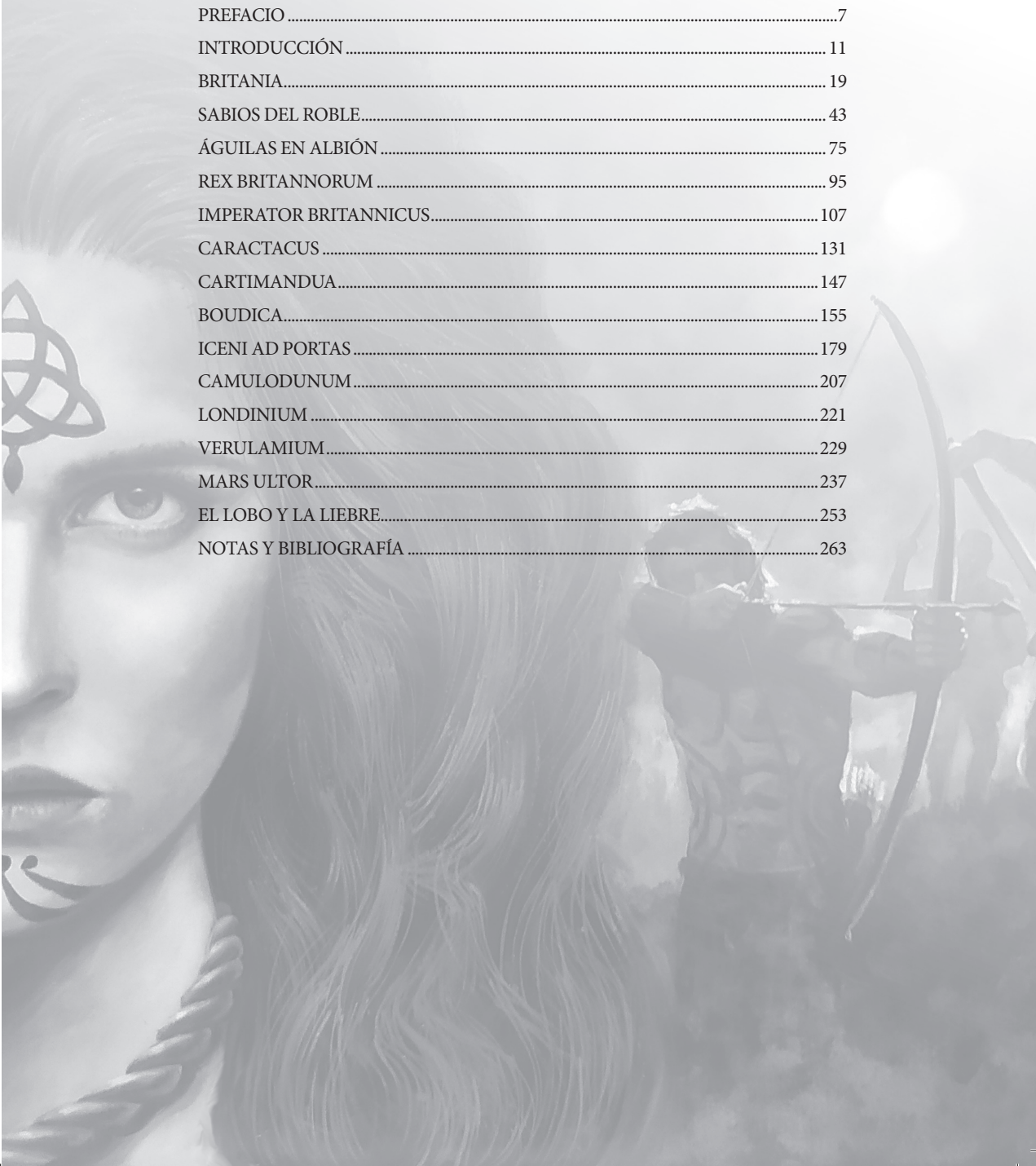


*Para mi hermana, Paloma.  
Para todas las mujeres.  
Porque vuestro valor no conoce límites.*



# Índice

PREFACIO .....	7
INTRODUCCIÓN .....	11
BRITANIA.....	19
SABIOS DEL ROBLE.....	43
ÁGUILAS EN ALBIÓN .....	75
REX BRITANNORUM .....	95
IMPERATOR BRITANNICUS.....	107
CARACTACUS.....	131
CARTIMANDUA.....	147
BOUDICA.....	155
ICENI AD PORTAS .....	179
CAMULODUNUM.....	207
LONDINIUM.....	221
VERULAMIUM.....	229
MARS ULTOR.....	237
EL LOBO Y LA LIEBRE.....	253
NOTAS Y BIBLIOGRAFÍA .....	263







## Prefacio

*Ignorad los clamores de estos salvajes.  
Hay más mujeres que hombres en sus filas.  
Tácito (Ann. 14. 36).*

### **La última batalla.**

Escarlata como el sol del verano al atardecer, el largo cabello de la reina de los icenos ondeaba al viento cual estandarte al que seguir. Boudica mantenía la mirada firme en el horizonte, allí donde la silueta de las legiones comenzaba a perfilarse. Un enorme estrépito surgía de entre las filas de los propios britanos. Juramentos que solicitaban el favor de los dioses se entremezclaban con insultos proferidos hacia los invasores extranjeros, mientras cerca de allí gritos de ánimo surgían de entre sus expectantes familias para infundirles aún más valor.

Decenas de miles de guerreros y guerreras icenos, trinovantes y otras tribus se habían reunido aquel día para poner fin a la dominación romana, compartiendo la rabia y el dolor de su líder. El azul que decoraba muchos de sus cuerpos parecía fundir el cielo con la tierra. El destello de sus torques cegaba aún más que el astro rey, y sus cánticos resonaban en los desfiladeros cercanos junto con el sonido que proferían las espadas sobre sus escudos y los carnyx llamando al combate. Sus armas clamaban por embriagarse con la sangre romana, mientras sus pies comenzaron a avanzar; primero lentamente y más tarde a la carrera, golpeando la hierba seca al unísono. Los mismísimos dioses celtas no se habrían perdido aquella imagen. Frente a ellos, cada cohorte se desplegó semeando la rítmica coreografía que dibujan



las bandadas de estorninos. Al detenerse, un silencio estremecedor capaz de helar la sangre al guerrero más experimentado. Un silencio calculado, que solo podía provenir de la más férrea de las disciplinas. Romanos y britanos personificaban dos formas muy diferentes de entender el arte de la guerra y aquel día solo uno de ellos demostraría ser superior. Los legionarios del gobernador Cayo Suetonio Paulino observaban cómo la figura de aquellos bárbaros cubría todo su campo de visión y parecía extenderse más allá. Una masa incontable de enemigos se dirigía hacia ellos, superándoles varias veces en número, exaltados hasta el frenesí por la seguridad que les producía ahogar para siempre su sed de venganza. Nadie había logrado detenerlos.

Las ciudades de Camulodunum, Londinium y Verulamium fueron arrasadas hasta los cimientos y decenas de miles de sus habitantes sufrieron las torturas más horribles hasta la muerte. Se habían convertido en sacrificios para los dioses celtas como agradecimiento por su apoyo, incluidos gran parte de los soldados de la Legio IX Hispana que trataron de impedirlo.

Boudica permaneció en su carro. El estruendo de aquella batalla apenas rivalizaba con el odio que desprendían sus ojos. Aún sentía el dolor del látigo golpeando su espalda hasta el desmayo, mientras los hombres del procurador violaban a sus hijas y le arrebataban todo lo que era suyo. Las risas e insultos de aquellos hombres resonaban en sus oídos junto a los gritos de aquellas niñas que ahora la acompañaban en silencio. La sangre de la reina de los icenos corrió aquella noche, y ese día estaba decidida a que la de sus enemigos tiñera el campo y los ríos circundantes hasta llegar al mar. No habría lágrimas ese día, solo los gritos de los romanos implorando por sus vidas, si es que alguno de ellos resistía hasta poder hacerlo.

Paulino no apartaba la vista de aquella mujer que había osado cuestionar su autoridad y el poder de Roma, que lo había llevado al límite de sus fuerzas hasta llegar a una batalla en la que se decidiría el destino de Albión. El brillo de las armas romanas apenas parecía un parpadeo en una noche oscura y las órdenes de los centuriones a duras penas alcanzaban su destino. Las águilas de la Legio XIV Gemina y la Legio XX Valeria trataban de que sus soldados no olvidaran la grandeza de Roma y de aquel ejército, mientras los jinetes romanos y auxiliares se esmeraban en tranquilizar a sus monturas. Una calma tensa se respiraba a la espera de la señal. No tendrían que esperar mucho. El quejido generado por las ruedas del carro de la reina cada vez podía escucharse con mayor claridad, seguido por miles más, cada vez más cerca del frente romano. Entre ellos corrían ríos de soldados y guerreras imbuidos



por una furia descontrolada. No había orden allí, solo ira. Paulino apenas podía distinguir los ásperos gritos que Boudica profería en lengua céltica arengando los suyos, jurando destruirle. Nada de lo que había vivido aquel gobernador de la provincia romana de Britania podía compararse a aquello, ni siquiera la hazaña de haber sido el primero en cruzar las montañas del Atlas con sus tropas. Un escalofrío debió de recorrer su cuerpo al recordar a Varo. Ni siquiera medio siglo había logrado que los romanos olvidaran aquella victoria de los bárbaros, y Paulino no quería ser recordado como el siguiente.

No era el momento para que un antiguo cónsul y pretor se dejara dominar por el temor. Decidido a vender cara su vida y la de sus hombres, alzó la voz mientras señalaba a aquella turma descontrolada de britanos. Roma no podía caer ante ellos, o la vergüenza y el deshonor caerían sobre estos y jamás serían perdonados. Morirían allí antes que tratar de explicar a Nerón por qué se habían perdido cuatro legiones y toda una provincia. Solo sus palabras lograron romper el silencio de aquellas tropas, generando un clamor que se extendió como el viento, cada vez más alto. Los romanos rieron al unísono burlándose de aquellos salvajes, tornando miedo en valor. Lo necesitaban. Boudica también esbozó una sonrisa. Pronto convertiría aquella euforia en llanto, pues para su pueblo, para todos los britanos que se sentían oprimidos, aquella batalla significaba igualmente vencer o morir. Miles de ellos se abalanzaron entonces contra la primera línea romana mientras los pila llovían del cielo tratando de detener su furia. El choque entre ambos ejércitos hizo temblar el suelo y resonó en los desfiladeros cercanos como la peor de las tormentas, mientras las familias de aquellos bárbaros, Roma y Britania, contenían el aliento.







A

## Introducción

*Regions Caesar never knew  
Thy posterity shall sway.  
«Boadicea»,  
William Cowper (1731–1800).*

**B**oudica. Solo su mención trasciende la Historia. Menos conocida que otros importantes personajes femeninos de la Antigüedad, como Cleopatra o Zenobia, no ha sido obstáculo para que sus hazañas pervivieran durante milenios hasta convertirse en leyenda. El símbolo femenino del valor y la lucha por la libertad en Britania. Boudica, soberana por derecho de los icenos. Uno de los más importantes pueblos que habitaban la lejana Albión (la «isla blanca», como era conocida hasta ese momento). Aquel que lideró a otros muchos frente a la ocupación romana.

En el 61 d. C., las legiones y los pueblos que aún se resistían a la ocupación acumulaban ya cerca de dos décadas de enfrentamientos continuos. La lejana Britania había conseguido mantenerse ajena a la ambición romana hasta mediados del s. I a. C. Cuando César alcanzó el norte de la Galia no pudo resistir la tentación de ser el primero en cruzar el océano para descubrir qué había más allá. Su fama ya le precedía, pero anhelaba seguir incrementándola hasta convertirse en leyenda. No obstante, otros asuntos requirieron su atención sin conseguir completar aquella hazaña, y transcurriría casi un siglo hasta que Roma volviera a interesarse por acabar lo que había empezado. La audacia de César no debe considerarse a la ligera, pues, aunque sus dos campañas en Britania no fueron suficientes para que la isla se incorporara



al territorio romano, su intervención permitió la apertura de nuevas redes comerciales que intensificaron el contacto entre ambas culturas.

César les había demostrado a los britanos lo que Roma era capaz de lograr, pero aún no eran conscientes del peligro que se aproximaba. En realidad, César había iniciado allí dos campañas que apenas sirvieron para obtener información sobre el terreno, algunos de los pueblos que lo habitaban, su capacidad militar y los beneficios que aquella conquista podría reportar. Sus tropas se marcharon para, aparentemente, nunca regresar, o al menos eso era lo que esperaban los britanos. Los beneficios que reportaron los acuerdos comerciales suscritos entre algunos de los reinos meridionales de Britania y el norte de la Galia contribuyeron a que estos últimos pronto disculparan aquella afrenta. Pero no todos la olvidaron, ni Roma estaba dispuesta a dejar pasar la oportunidad de sumar aún más territorios a su imperio. Era cuestión de tiempo.

Tras la campaña ordenada por Claudio en el 43 d. C., una gran extensión del sur de Britania pasó a convertirse en provincia romana. Los sucesivos gobernadores asignados no hicieron sino demostrar que los romanos pretendían erigirse en dueños y señores de todo cuanto allí existía. Mientras aún existieran tierras que conquistar la campaña no concluiría, y sus acciones no hicieron sino favorecer que muchos de aquellos pueblos se rebelaran constantemente, convencidos de que todo tiempo pasado fue mejor.

El número de descontentos crecía en ese ambiente de enfrentamiento constante, aglutinándose en torno a figuras cuyo especial carisma y valor les permitió canalizar ese sentimiento hacia el campo de batalla. El catuvelauno Carataco o la icena Boudica fueron los más importantes en este periodo, pero no los últimos. Sin embargo, los britanos fueron incapaces de formar un frente común lo suficientemente poderoso como para haber evitado la conquista inicial de Claudio y, una vez asentados en aquel territorio, su anhelo se antojaba ya imposible. O eso parecía.

La revuelta protagonizada por Boudica consiguió unir a cientos de miles de britanos (si creemos a las fuentes) con un solo objetivo, expulsar a los invasores. A buen seguro, la destrucción de la capital provincial, Camulodunum, así como otros importantes centros como Londinium y Verulamium, instalaron el temor entre los romanos de la isla, pues sabemos que Nerón llegó a plantearse abandonar la provincia. Boudica se convirtió en el estandarte del odio hacia aquellos conquistadores que no solo pretendían apoderarse de sus tierras, sino acabar con sus tradiciones, explotarles más